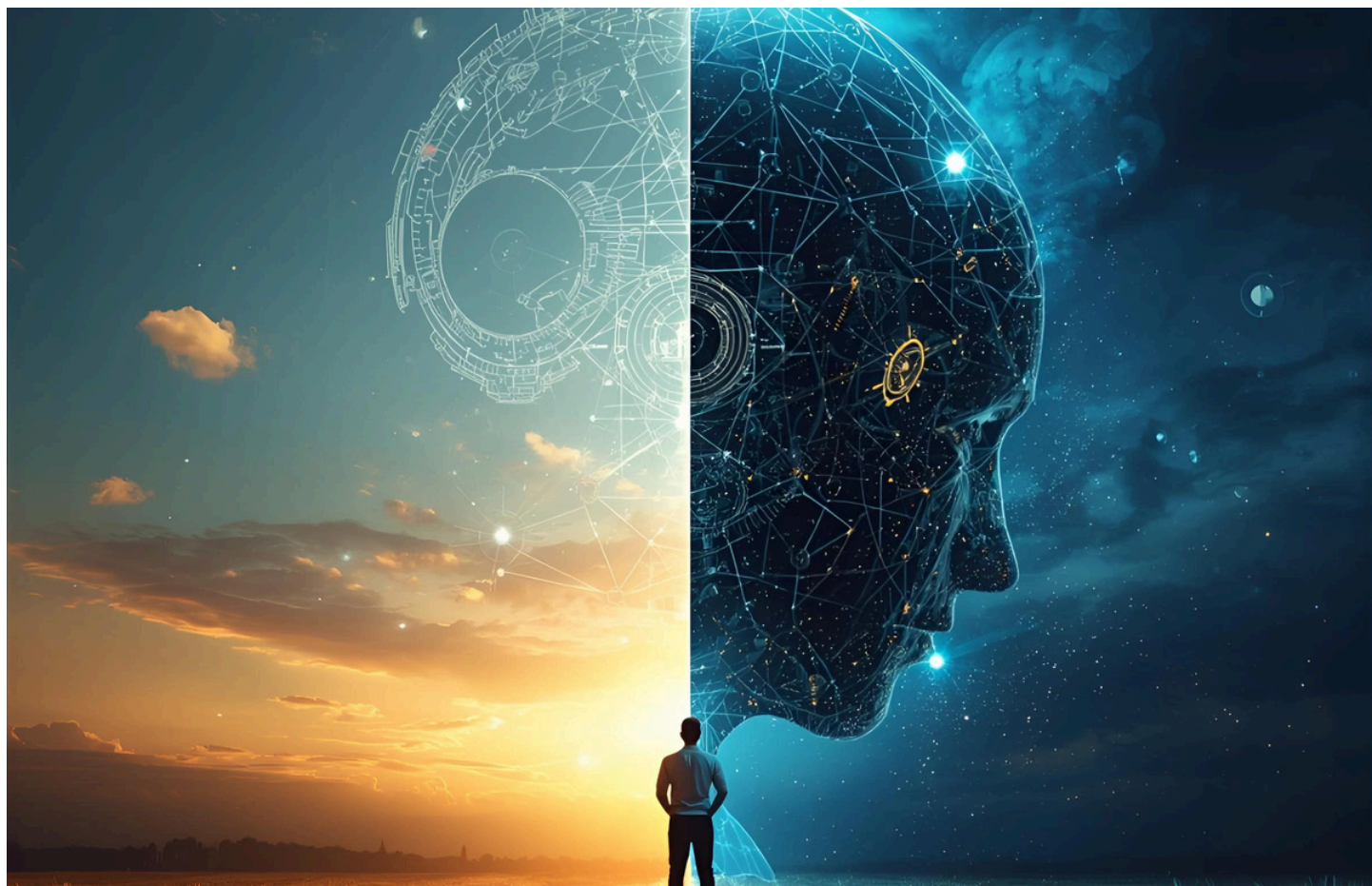


Hombre e Inteligencia Artificial: Esencias en Contraste

Reflexiones sobre lo que nos hace humanos frente al avance tecnológico

¿Es el hombre un animal racional? Sin dudas, lo es. Pero si nos detenemos a pensar qué significa realmente esta afirmación, solemos quedarnos cortos al decir simplemente que el hombre es un ser que piensa y razona. La experiencia cotidiana nos demuestra que, además de pensar, somos capaces de sentir, gozar, entristecernos, querer y amar. Estos aspectos emocionales pueden incluso modificar nuestro conocimiento y percepción del mundo. ¿No vemos las cosas de un modo distinto cuando estamos tristes, alegres, enojados o esperanzados? El amor, en particular, puede revelarnos aspectos de la realidad que para otros pasan desapercibidos: “¿Qué le vio a este?” nos preguntamos muchas veces. Incluso podemos conocer algo y, sin embargo, tomar decisiones contrarias a ese conocimiento. Así, además de conocer racionalmente, los seres humanos sentimos y queremos.



El hombre es, entonces, un ser que conoce, piensa, siente y ama. Esta complejidad de nuestra naturaleza es precisamente lo que nos diferencia de cualquier creación artificial.

La inteligencia artificial (IA), sin duda, representa uno de los avances más revolucionarios desde la aparición de internet. Es un salto cualitativo sin precedentes que impacta la vida de las personas en todos los ámbitos: laboral, educativo, artístico y cotidiano. La tecnología ha dejado de ser terreno

exclusivo de ingenieros o especialistas; hoy es parte integral de nuestras actividades diarias. Sin embargo, ¿en qué se diferencia realmente la IA de lo que ya conocemos y utilizamos?

De acuerdo con Yuval Harari, la IA representa un cambio fundamental respecto a todas las invenciones tecnológicas anteriores. No es solo una herramienta: es un agente, porque puede tomar decisiones de forma independiente, inventar nuevas ideas (textos, música, imágenes) y aprender y transformarse por sí misma. Ninguna creación previa—desde la imprenta hasta la bomba atómica—podía operar sin intervención humana, ni inventar su propia evolución.

El principal desafío, según Harari, es que la IA, al dominar el lenguaje y crear contenidos o tomar decisiones sobre lo que consumimos, actúa de manera autónoma, dando lugar a un agente externo que sugiere, propone y actúa sin depender completamente de nosotros.

Esto podría sonar apocalíptico: un mundo dominado por máquinas que piensan, opinan, componen música o diseñan en lugar del ser humano. Sin embargo, imaginar que la IA pueda reemplazar al hombre por completo es un extremo difícil de concebir.

La historia de nuestra especie, con más de 300.000 años de evolución, ha sido un proceso de desarrollo intelectual, creativo y social. Desde los registros más antiguos—jeroglíficos, pinturas rupestres, escritura—el hombre ha demostrado su capacidad no solo para pensar, sino para reflexionar sobre sí mismo. Tenemos conciencia de nuestra existencia, de que somos algo más que un conjunto de células organizadas; nos comprendemos como unidad de cuerpo y alma, esa fuerza invisible que es motor vital de la vida. Figuras como Homero, Virgilio, Platón, Aristóteles, Miguel Ángel, Van Gogh, Einstein o Steve Jobs son exponentes de las posibilidades humanas.

La IA nos sorprende, nos inquieta y nos desafía. Recientemente, un informe sobre el impacto de la IA en el trabajo proyectó que para 2030, hasta el 30% de las horas laborales en EE. UU. y el 27% en Europa podrían ser automatizadas gracias a la IA generativa. Esto agudiza la brecha tecnológica entre generaciones y plantea interrogantes sobre el futuro del trabajo.

Sin embargo, aunque la IA nos ayude en muchas tareas prácticas, hay algo que no podrá reemplazar: nuestra capacidad de pensar profundamente, tomar decisiones conscientes, amar y elegir el bien no solo como una cuestión moral, sino existencial. La deliberación interna, la lucha entre razones para aceptar o rechazar algo, el gozo o el sufrimiento ante las consecuencias, son experiencias exclusivamente humanas. La IA carece de esa dimensión interior, de esa chispa vital que nos distingue y nos acerca a nuestra identidad más profunda.

En definitiva, la IA puede ser un instrumento poderoso y transformador, pero nunca podrá reemplazar la esencia del ser humano: nuestra capacidad de sentir, amar, elegir y buscar sentido. Es allí donde reside nuestra verdadera humanidad.